

# LA EUCARISTÍA, EL SACRAMENTO DE LA COMUNIÓN

La celebración de la Eucaristía nos introduce de lleno en el horizonte mismo de la vida de la Trinidad santa, misterio de comunión y misión. La comunidad eclesial no es una simple institución religiosa, obra de los hombres o dependiente de su voluntad. La Iglesia es obra de la Trinidad y por ello llamada a ser su icono en el mundo. Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, sigue edificándola a través de dones, carismas y ministerios<sup>1</sup>, distribuidos según su sabiduría y soberana libertad. Todo carisma es dado para edificar la Iglesia como misterio de comunión y misión. Cada miembro recibe dones y ministerios para edificar la Iglesia que Dios se adquirió con su propia sangre<sup>2</sup>.

En estas reflexiones me detendré en cómo el carisma de los Institutos seculares puede y debe nutrirse de la Eucaristía, a fin de contribuir a reflejar el misterio de comunión que es la Iglesia en el mundo y para el mundo.

San Pablo escribía a la comunidad turbulenta y dividida de Corinto:

Así pues, queridos, huid de la idolatría. Os hablo como a personas sensatas; juzgad vosotros lo que digo. El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan.» (1Cor 10, 14-17)

En esta perspectiva, conviene notarlo, los diferentes carismas son un don del Espíritu al pueblo sacerdotal, profético y real. Yo sé que Dios no actúa saltándose las mediaciones humanas; pero la fe me dice también que el Espíritu suscita diversos carismas para que la Iglesia del Señor crezca como su Cuerpo en la historia, como Comunión al servicio del Evangelio del reino de Dios entre las naciones y culturas.

El verdadero protagonista de la misión es el Espíritu del Señor, que sigue vivificando la Iglesia a través de personas frágiles y quebradizas. De ellas espera disponibilidad y fidelidad, la propia de los llamados a ser instrumentos libres entre las manos del dueño de la mies. Nadie puede arrogarse los dones y carismas. Jesús, ante la escasez de mano de obra, enseñó de forma significativa: «La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 37-38). Ya en el Antiguo Testamento, Dios enviaba a sus siervos para hacer existir al pueblo de la alianza en medio de las naciones. Resucitado de entre los muertos, Jesús envió a sus apóstoles a todas las naciones para anunciar a los pueblos la Buena Nueva de Dios y hacer discípulos suyos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> 1Cor 12, 4-11.27-39

<sup>2</sup> Hch 20, 28

<sup>3</sup> Mt 28, 16-20

En la Eucaristía celebramos el memorial de la nueva y eterna alianza. En ella, la comunidad cristiana, nacida de la Pascua del Hijo, celebra y anticipa la llegada del reino de Dios en plenitud. El pasado y el futuro se hacen presente en el sacrificio del altar.

*La Eucaristía es el sacramento de la unidad y comunión, pero la comunión es inseparable del servicio; y de un servicio pobre y humilde.* En la cena pascual, Jesús estaba en medio de los suyos como el que sirve<sup>4</sup>. Los relatos de la institución de la Eucaristía insisten en el don de Jesús por la muchedumbre<sup>5</sup>. En ella se cumplía esta afirmación: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate por muchos» (Mc 10, 45).

Pero a los discípulos les costó y nos cuesta entender este dinamismo de la Eucaristía. Lucas narra cómo los discípulos, en el preciso momento de la última cena, discutían entre ellos sobre quién era el mayor. Hoy sucede lo mismo. La conversión es gracia y exige de todos un esfuerzo de lucidez. Seguir a Jesús en su condición de Siervo no es espontáneo. Sólo el Espíritu de la verdad lo puede hacer comprender.

Quien medite asiduamente en la Eucaristía, misterio de comunión y servicio, alcanzará *la inteligencia del dinamismo de la vida cristiana y del servicio del Espíritu* que está llamado a desarrollar en el mundo en nombre del don recibido. En la Eucaristía estamos llamados a cultivar nuestra identidad de pueblo sacerdotal, profético y real.

## I EL SACRAMENTO DE LA NUEVA ALIANZA

Puesto que la Eucaristía es el *memorial de la presencia viva y real de Cristo entregándose por nosotros, esto es, de la nueva alianza en su sangre*, conviene ahondar qué implicaciones comporta para cuantos lo celebramos. He aquí las palabras que Cristo sigue pronunciando y que la comunidad eucarística hace suyas: «Esta copa es la nueva alianza en mi sangre, que va a ser derramada por vosotros» (Lc 22, 20). La Eucaristía, por tanto, nos urge a desarrollar en la historia la alianza sellada de forma definitiva en la sangre de Cristo Jesús<sup>6</sup>, tal como había sido anunciada por los profetas<sup>7</sup>.

El Concilio Vaticano describe así este misterio luminoso: «Este pacto nuevo, a saber, el Nuevo Testamento en su sangre, lo estableció Cristo convocando un pueblo de judíos y gentiles, que se unificará no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera en nuevo pueblo de Dios» (LG 9) Pues bien, el propio Señor actualiza de modo admirable su pacto, su alianza, en el sacramento del altar.

La fórmula de la alianza se condensa en esta sencilla afirmación: «Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Jr 31, 33). La iniciativa es de Dios. Él se implica y compromete a ser el Dios de un pueblo insignificante y de dura cerviz, a conducirlo como un padre educa a su hijo<sup>8</sup>, a pastorearlo mediante un pastor bueno y solícito<sup>9</sup>, a cultivarlo como su viña

<sup>4</sup> Lc 22, 24-27; Jn 13, 1-20

<sup>5</sup> Lc 22, 19-20; Mt 26, 20-25; Mc 14, 17-21; 1Co 11, 23-25

<sup>6</sup> Cristo es el único Mediador de la nueva y eterna alianza (Hb 8, 6; 9, 15+; 12, 24; 1Tm 2, 5)

<sup>7</sup> Jr 31, 31-34

<sup>8</sup> Dt 8, 1-6

<sup>9</sup> Ez 34, 23-31

preferida<sup>10</sup>, a asentarlos y consolidarlos sobre el monte Sión<sup>11</sup>. Dios es fiel y cumplirá sin tardar sus promesas<sup>12</sup>. Estamos en el misterio insondable de la gratuidad del amor. Más todavía, conociendo de antemano la infidelidad de los agraciados, se compromete a recrearlos, una y otra vez, para la alianza. Para llevar a cabo su proyecto envió a su Hijo y nos dio su Espíritu.

La alianza nos hace comprender la pasión de un Dios que nos creó y nos recrea para la comunión mediante la sangre de su Hijo. La Eucaristía, por tanto, es la celebración sacramental de una historia de amor, cuya culminación se revela en la Pascua del Hijo. Dios no cesa de atraer hacia él, como dirá el profeta Oseas, a la esposa adúltera, al pueblo que tiene querencia de infidelidad<sup>13</sup>. Los profetas de la alianza son enviados por Dios para recrear la comunión de Dios con la humanidad. Y el Espíritu Santo suscita nuevos Los carismas en la misma perspectiva. Recrear la alianza de Dios con la humanidad es una misión que nos compete a toso en la historia.

Refresquemos la memoria, aun cuando sea de forma breve, de cómo Dios envió y envía a sus siervos, a los elegidos desde el seno materno<sup>14</sup>, para llevar adelante su designio, su voluntad de alianza. Salvó a Noé de las aguas y estableció con él una alianza en favor de la creación entera<sup>15</sup>. Eligió Abrahán y selló con él, mediante juramento, la alianza de la promesa<sup>16</sup>. Llamó a Moisés y por su medio hizo alianza con el pueblo, entregándole el don de la Ley<sup>17</sup>. Consagró a David y le prometió una alianza filial. Él no cesó a lo largo de la historia de recrearlo para alianza, pero los diferentes intentos se saldaban en un nuevo fracaso. Por ello, los profetas anunciaron una alianza nueva y definitiva, en la que la fidelidad de Dios encontraría un perfecto eco en la fragilidad de la carne. Jeremías es el profetas más explicito en este sentido<sup>18</sup>, pero la perspectiva se halla en Ezequiel.

En la plenitud de los tiempos, Dios envió en una carne semejante a la del pecado (Tom 8, 3), para llevar a su consumación, novedad y plenitud la alianza. Resulta muy aleccionador en este sentido, la presentación de la misión del Logos encarnado en el evangelio de Juan. Después de presentar a Jesús como el Cordero que quita el pecado del mundo<sup>19</sup>, como el Mesías<sup>20</sup>, el Rey<sup>21</sup> y el Hijo que une el cielo y la tierra<sup>22</sup>, el evangelista escribe: «Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus Dios» (Jn 2, 1). El último en llegar hace posible la plena realización de la alianza –ya sabemos que ésta fue presentada con el símbolo del matrimonio por parte de los profetas. Más, el evangelista muestra a Jesús como en nuevo

---

<sup>10</sup> Is 5, 1-7

<sup>11</sup> Is 49, 6-26

<sup>12</sup> Rm 9, 1-4

<sup>13</sup> Os 11, 1-9

<sup>14</sup> Jr 1, 4-5; Is 49, 1; Gal 1, 15.

<sup>15</sup> Gn 9, 1-17

<sup>16</sup> Gn 17, 1-14

<sup>17</sup> Ex 24, 1-11

<sup>18</sup> Jr 31, 31-34; cf. Ez 36

<sup>19</sup> Jn 1, 29.36

<sup>20</sup> Jn 1, 41

<sup>21</sup> Jn 1, 49

<sup>22</sup> Jn 1, 51

Templo, el lugar donde se consuma en plenitud la alianza nueva de Dios con su pueblo, tal como fuera anunciada por los profetas<sup>23</sup>.

La alianza tuvo lugar en la sangre de Cristo porque en él, la carne rebelde se entregó al designio de Dios de manera incondicional, con una sumisión perfecta y total. En su obediencia filial, se daban cita y quedaban superados los diferentes intentos llevados a cabo por Dios en la historia.

Jesús es el verdadero justo (al estilo de Noé). Él inicia y consuma la fe (superando así al padre de la fe, Abrahán). Es el único Mediador de la nueva alianza (superando a Moisés que aparece como siervo e intermediario). Él es el verdadero primogénito (frente a Israel presentado como el primogénito). Es el verdadero rey mesiánico (superando la promesa hecha a David). Es, en definitiva, el nuevo Adán frente al viejo Adán. En Cristo Jesús, por tanto, culmina el compromiso definitivo y fiel de Dios con la humanidad; en él tiene lugar la respuesta fiel y radical de la humanidad, pues tomó nuestra carne, dándole la posibilidad de sellar la comunión de amor. En su sangre acontece la alianza de la vida y del Espíritu de la libertad.

Quien está conducido por el Espíritu de Dios, por tanto, será una persona de comunión. Los dones y carismas los pondrá al servicio de la alianza de Dios con la humanidad. Como Jesús llevó a cabo la alianza en su sangre sostenido por el Espíritu eterno<sup>24</sup>, así el Espíritu nos hace a todos, de acuerdo con nuestra vocación particular, servidores de la comunión. Una comunión filial y fraterna. Una comunión que dista tanto de la división como de la uniformidad. Es importante no perderlo nunca de vista. Los carismas fundan la comunión en la diversidad. ¿Cómo poner el don de Dios, el carisma recibido, al servicio de la alianza?

## II AL SERVICIO DE LA ALIANZA

El servicio de la alianza no puede seguir la lógica de los grandes de este mundo, pues ni busca prestigio ni actúa desde el poder o la riqueza. Cristo consumó la alianza de Dios con la humanidad a través de la debilidad de su carne, derramando su sangre<sup>25</sup>.

La alianza de Dios con la humanidad, tal como aparece en el Antiguo Testamento, nunca llegó consumarse a causa de la infidelidad del pueblo, antes de la venida de Cristo. Sólo se consumó en la obediencia hasta el derramamiento de su sangre. Y ahora, mediante el Espíritu, que es el don pascual por excelencia, la humanidad puede celebrar y sumarse a la obediencia del Hijo tal como se celebra en el sacramento de la comunión.

Los llamados a vivir y servir la alianza de Dios con la humanidad, debemos descubrir y hacer nuestro el camino del único Mediador de la nueva y eterna alianza, el cual se entregó a sí mismo como rescate por la muchedumbre<sup>26</sup>. He aquí algunos de rasgos de la senda empinada seguida por el Hijo en su condición de siervo.

---

<sup>23</sup> Jn 2, 11-22

<sup>24</sup> Hb 9, 14

<sup>25</sup> Hb 9, 11-28

<sup>26</sup> 1Tm 2, 1-8

## **1.- SERVIDORES DE LA ALIANZA A LA LUZ DE LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES**

La cena pascual del Señor con sus discípulos recapitula la existencia y misión de Jesús<sup>27</sup>. En ella culminaban las *palabras y gestos* del Maestro por los caminos de Galilea y de Jerusalén. Veamos un momento del encuentro de Jesús con la muchedumbre, tal como se narra en la multiplicación de los panes, anticipo del banquete del reino de Dios y evocación de alguna forma de la Eucaristía.

Ante una muchedumbre, que andaba como ovejas sin pastor, Jesús sintió compasión y se puso a servirla.<sup>28</sup> Hoy también la muchedumbre aparece desconcertada, herida, vejada y abatida como ovejas que no tienen pastor<sup>29</sup>. Por ello lo primero es tomar conciencia del sentido de la compasión: dejar que el mundo penetre en nosotros, que nos dejemos conmover por su situación.

Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas. (Mc 6, 34)

Nosotros formamos parte, al igual que la muchedumbre, de esas ovejas sin pastor y, al mismo tiempo, de los discípulos. Es preciso que veamos con los ojos de Jesús y dejemos que la situación de nuestro mundo penetre y conmueva nuestras entrañas. Y al mismo tiempo que nos dejamos enseñar por el Señor, que nos dejemos curar por él, pues Mateo nos dice que Jesús se puso a curar a los enfermos de la muchedumbre, nosotros aprendamos a asociarnos al servicio de Jesús a la muchedumbre, tal como se celebra en la Eucaristía y estamos llamados a vivirlo en la vida cotidiana. Pero lo primero de todo es mirar con los ojos de Cristo y compartir su compasión por los que andan como ovejas sin pastor. No para entretenerlos, sino para que puedan caminar con responsabilidad y libertad.

Al igual que el Dios en la antigua alianza, Jesús ve y escucha la situación de la muchedumbre. Deja que los rostros humillados penetren en sus entrañas<sup>30</sup>. Es la real compasión del Siervo de Dios. Padece con los demás y, desde el sufrimiento compartido, actúa en favor de los vejados, heridos y hambrientos.

**'Enseñar'**, en la perspectiva evangélica, es una forma de valorar a la muchedumbre como personas convocadas a la verdad liberadora. No es un adoctrinamiento o una colonización de conciencias, sino un gesto de confianza: Jesús quiere personas libres.

Jesús nos llama a ser testigos de la verdad, esto es, del compromiso de amor del Padre en favor de la humanidad entera, en particular de los más débiles y alejados. No se trata de imponer unas creencias o normas, sino de revelar la presencia del reino de Dios, invitando a la conversión y la fe. Jesús instruía ampliamente a las muchedumbres, pero no las retenía a través de concesiones contrarias a la verdad y a su misión<sup>31</sup>. Enseñar con la vida y la palabra, con el estilo de vida es lo propio de los testigos de la alianza.

---

<sup>27</sup> Lc 22, 14 La pasión en la vida de Jesús no aparece como algo impuesto desde el exterior, sino que se presenta como un momento deseado por él para que se realice el designio de la salvación. El servicio brota del amor hasta el extremo.

<sup>28</sup> Mc 6, 34

<sup>29</sup> Mt 9, 36; Num 27, 17; 1R 22, 17; Ez 34, 5; Zac 10, 2...

<sup>30</sup> Os 11, 7+

<sup>31</sup> Jn 6, 1ss.

**'Sanar'** las enfermedades y las dolencias de los débiles, enfermos y perdidos<sup>32</sup>. La misión del Siervo era avivar la mecha humeante y llevar a cabo el derecho y la justicia, reparar todo lo que amenazaba ruina<sup>33</sup>. Frente a los que vienen a robar y matar, como es el caso de los falsos pastores y profetas<sup>34</sup>, Jesús, como anunció el profeta Ezequiel, cura las heridas de las débiles, las defiende del atropello de las fuertes y de los malos pastores. Más allá de los gestos portentosos, los propios de un gran taumaturgo, fortalece a las personas para que carguen con su camilla<sup>35</sup> y libertad<sup>36</sup>. La Eucaristía nos sigue invitando a ser buenos samaritanos en lo concreto de la vida: pararnos, curar las heridas, acompañar y cuidar de los caídos.

**'Dar de comer'** es una acción cargada de simbolismo. El Dios de la alianza instruye, sana y da de comer en el desierto al pueblo pobre de camino hacia la libertad. Jesús sigue poniendo en nuestras manos el alimento que debemos dar a la muchedumbre para que siga el camino, para que la muchedumbre se convierta en un pueblo libre y responsable de su destino. Por ello se pide a los discípulos que vayan organizando a la muchedumbre de modo que aparezca como un pueblo. ¿Cómo estamos organizando a la muchedumbre y alimentándola para el camino?

## **2.- DAR LA VIDA POR LA MUCHEDUMBRE**

El gesto de *enseñar, curar y dar de comer* entusiasma a muchos. Pero la verdad de la Eucaristía nos obliga a ir más a fondo en el servicio.

El servicio de Jesús no se limitó a hacer cosas por la muchedumbre: le llevó a darse, a dar su vida por los suyos. En el cenáculo, Jesús decía a sus discípulos: «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). Pablo, partiendo de su experiencia en el camino de Damasco, explicita: «Cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos –en verdad, a penas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir; – mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros...» (Rm 5, 6-11). La razón última del servicio del Mediador de la nueva alianza se halla en el amor del Padre: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1Jn 4, 10).

Celebrar la Eucaristía es devenir día tras día testigos del servicio insondable que Jesús realizó dando su vida por todos. Por ello he aquí algunas consecuencias:

1. Estamos al servicio de la verdad de Dios y del hombre, tal como se da a conocer en el sacramento del amor, de la Eucaristía. Esto supone anteponer la salvación del hermano alejado al propio interés. Pablo deseaba algo imposible para él: ser anatema por los de su raza<sup>37</sup>; pero Jesús murió en el madero de los malditos por nosotros.
2. El servicio del amor conlleva abrazar a todos, estando dispuesto a despojarse de la propia vida con el fin de ser alimento de alegría para los demás. Quien celebra la

---

<sup>32</sup> Mt 8; Is 53

<sup>33</sup> Mt 12, 15-21

<sup>34</sup> Jn 10, 1-18

<sup>35</sup> Jn 5, 1-18

<sup>36</sup> Jn 8; 9

<sup>37</sup> Rm 9, 1-4

Eucaristía está llamado a transformarse en Eucaristía para los demás<sup>38</sup>. Para ello es necesario velar, orar y adorar mucho, pues la carne es débil. Sólo en el silencio de la adoración recibimos la luz y la fuerza del Espíritu para contemplar y sacar las riquezas insondables del sacramento de la fe.

3. La gratuidad es una nota característica del servicio nacido del amor. Para desarrollar esta gratuidad, es necesario hacer suyos los sentimientos de Cristo. Quien sirva como él, será honrado también por el Padre<sup>39</sup>. Así lo celebramos en el sacramento del altar.
4. Para llevar a cabo este servicio es preciso adentrarse vitalmente en la paradoja divina de la gracia divina: «De rico que era se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza» (2Co 8, 9). Dios se revela dándose, auto-donándose, haciéndose pobre y débil, para que nuestra carne débil pueda dar el sí a su alianza. Cristo vino para enseñar, sanar y alimentar para vivir la alianza de la libertad.

### III COMUNIÓN Y COMUNIDAD

¿Puede vivirse la comunión con Cristo sin vivir en comunión fraterna? ¿Estaríamos en comunión con Cristo si lo menospreciamos en los débiles y pobres<sup>40</sup>? Para san Pablo el menosprecio del pobre es incompatible con una auténtica celebración de la Eucaristía<sup>41</sup>. Pero esto es preciso aplicarlo a nuestras comunidades, en las que nos siempre damos el valor que merecen a los más débiles. La comunión con Cristo es comunión fraterna con todos los que quedan incorporados a su humanidad resucitada.

Más todavía, la verdadera comunión se teje en torno a los más débiles. En efecto, Cristo vino en la condición de esclavo, ocupando el último lugar por el servicio. Pablo lo expresa en esto términos: «Dios mismo distribuyó el cuerpo dando mayor honor a lo que era menos noble, para que no haya divisiones en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocupen los unos de los otros» (1Co 12, 24b-25). Jesús, buen pastor, eligió el servicio pobre y humilde para congregar en torno suyo a sabios e ignorantes, a ricos y pobres según el mundo. Honrar a Cristo es servirlo en los últimos, es compartir lo más posible sus sufrimientos y alegrías, sus vidas y luchas, sus esperanzas y fracasos. En Cristo formamos un solo cuerpo y andamos divididos cuando cada uno vive para sí. Con razón, Juan Pablo

---

<sup>38</sup> «Anunciar la muerte del Señor ‘hasta que vuelva’, comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo ‘eucaristía’. Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración de la Eucaristía: ‘¡Ven, Señor Jesús!’ (Ap 22, 20)» (EdE 20).

<sup>39</sup> Jn 12, 26

<sup>40</sup> «¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo encuentras desnudo en los pobres, ni lo honres aquí en el templo con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: ‘esto es mi cuerpo’, y con su palabra llevó a realidad lo que decía, afirmó también: ‘tuve hambre y no me diste de comer’, y más adelante: ‘siempre que dejasteis de de hacerlo a uno de estos pequeñuelos, a mí en persona lo dejasteis de hacer’ [...] ¿De qué servirá adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento, y luego, con lo que sobre, adornarás la mesa de Cristo» (S. Juan Crisóstomo, Homilías sobre el evangelio de Mateo 50, 3-4)

<sup>41</sup> 1Co 11, 17-34

escribía: «A partir de la comunión intraeclesial, la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, *proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano*» (NMI 49). La comunión y el servicio crecen juntos o menguan juntos<sup>42</sup>. En este punto no hay alternativa posible.

Aquí nos jugamos la autenticidad de la fe vivida. La adhesión a Cristo pasa y se manifiesta en el compartir fraterno, en el servicio de la caridad. Así se siembran de nuevo las semillas del reino de Dios en el corazón de tantos hombres y mujeres que viven de espaldas a la verdad del Evangelio de la gracia.

No debe olvidarse, ciertamente, que nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento que « con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre ». Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio, en la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos. Mediante esta opción, se testimonia el estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia y, de alguna manera, se siembran todavía en la historia aquellas semillas del Reino de Dios que Jesús mismo dejó en su vida terrena atendiendo a cuantos recurrían a Él para toda clase de necesidades espirituales y materiales. (NMI 49)

Todo esto nos entusiasma y tratamos de vivirlo en nuestras responsabilidades sociales y pastorales. Está muy bien, pero debemos preguntarnos con honestidad y seriedad si realmente vivimos intensamente la fraternidad en nuestras comunidades carismáticas, si estamos dispuestos darnos sin reservarnos nada, si estamos dispuestos a afirmar al hermano por encima de uno mismo. A veces somos buenos con los de fuera y no con los de casa. No podemos dejar de plantearnos si nuestras comunidades, vivamos o no en común, son realmente un signo de la alianza de Dios con la humanidad, si son auténticas fraternidades en Cristo. Para ello, quizás nos convenga refrescar algunas afirmaciones que hacían los padres de la Iglesia sobre la Eucaristía.

Si queréis entender lo que es el cuerpo de Cristo, escuchad al Apóstol; ved lo que les dice a los fieles: Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros. Si, pues, vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, lo que está sobre la santa mesa es un símbolo de vosotros mismos, y lo que recibís es vuestro mismo emblema. Vosotros mismos lo refrendáis así al responder: Amén. Se os dice: He aquí el cuerpo de Cristo, y vosotros contestáis: Amén; así es. Sed, pues, miembros de Cristo para responder con verdad: Amén” (Sermón 272: PL 38,1246-1247).

San Agustín nos invita a ahondar en el sentido del sacramento desde la perspectiva del Cristo total. Si somos uno con Cristo y en Cristo, si somos realmente su cuerpo, debemos tomar conciencia que en el sacramento de la alianza, de la Eucaristía, yo recibo al hermano en Cristo y en él me doy al hermano. Todo esto supone que la participación en la Eucaristía lleva consigo la gracia y el riesgo de una auténtica y real fraternidad. En Cristo nos unimos al Padre y a los hermanos. Y por eso no podemos dejar de interrogarnos si celebramos bien el sacramento de la alianza. De ahí que podamos seguir escuchando a san Agustín:

---

<sup>42</sup> «La atención hacia los pobres, los desarraigados, los débiles, los humildes y los oprimidos es una obligación que tiene sus raíces en el mismo corazón del cristianismo entendido como comunión. No puede existir comunidad cristiana sin diaconía, es decir, servicio de la caridad, que a su vez no puede existir sin celebración de la Eucaristía. Las tres realidades están unidas entre ellas: comunidad, eucaristía y diaconía de los pobres y de los humildes. La experiencia demuestra que o viven o menguan juntas...» Y Congar, *I beni temporali della Chiesa secondo la tradizione teologica e canonica*, en *Chiesa e povertà*, Roma, 1968, p 286



“Ese pan que veis en el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo; ese cáliz, o más bien, lo que contiene ese cáliz, santificado por la palabra de Dios, es la sangre de Cristo. En esta forma quiso nuestro Señor Jesucristo dejarnos su cuerpo y dejarnos su sangre, que derramó por nosotros en remisión de nuestros pecados. Si lo recibís bien, seréis vosotros lo mismo que recibís” (Sermón 227: PL 38,1099).

Porque el Espíritu nos injerta en Cristo y nos hace nacer de nuevo, la acción litúrgica es y será siempre la celebración del Cristo total. De ahí que los sacramentos de la fe no puedan celebrarse al margen de la comunión eclesial. Y así como el Espíritu eterno sostuvo a Jesús en su entrega en la cruz (cf. Hb 9, 14), así el Espíritu Santo nos sostiene hoy todavía para que nos entreguemos en Cristo al Padre en favor de los hermanos.

Los padres de la Iglesia han insistido que somos lo que recibimos («Nuestra participación en el cuerpo y sangre de Cristo no tiende a otra cosa que a transformarnos en aquello que recibimos» San León Magno, Sermón 63, 7) y celebramos como creemos. Por ello comulgamos con el Cristo total, es decir, que con el cuerpo de Cristo estoy recibiendo al Cristo total: en Cristo recibo también al hermano y me doy, por tanto, al hermano. En efecto, al incorporar a la Iglesia como su cuerpo, la lleva en su movimiento hacia Dios y también hacia la humanidad. En Cristo la Iglesia ofrece la Eucaristía y se ofrece con él. Así lo expresa un sermón atribuido a san Agustín.

Lo que veis que está puesto sobre el altar de Dios, lo visteis también la noche pasada, pero aún no habéis oído qué es, qué significa, de cuán gran realidad es signo. Lo que estáis viendo es un pan y un cáliz, que vuestros mismos ojos os los hacen ver. En cambio, según la fe en que tenéis que ser instruidos, el pan es el cuerpo de Cristo, el cáliz es la sangre de Cristo. Esto, dicho así brevemente, quizá baste a vuestra fe. Pero la fe reclama ser aleccionada. Dice, en efecto, el profeta: *Si no creéis, no comprenderéis*<sup>1</sup>. Ahora podéis decirme: nos mandaste creer, expónnoslo para que comprendamos. Pues cabe que en la mente de cualquiera surja el siguiente pensamiento: «Sabemos de dónde tomó carne nuestro señor Jesucristo: de la virgen María. Siendo pequeño, tomó el pecho, se alimentó, creció, llegó a la edad adulta, lo persiguieron los judíos, lo colgaron de un madero, en él murió y de él lo descolgaron, lo sepultaron, resucitó al tercer día y, cuando quiso, subió al cielo, llevándose allí su cuerpo; de allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos, y allí está ahora sentado a la derecha del Padre: ¿cómo puede este pan ser su cuerpo y este cáliz, o, mejor, lo que él contiene, ser su sangre?»

Las realidades indicadas, hermanos míos, reciben el nombre de «sacramentos» porque en ella una cosa es la que vemos y otra la que entendemos. Lo que vemos tiene aspecto corporal; lo que entendemos, fruto espiritual.

Por tanto, si quieres entender el cuerpo de Cristo, escucha al Apóstol que dice a los fieles: *Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros*<sup>2</sup>. En consecuencia, si vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros, sobre la mesa del Señor está puesto el misterio que vosotros mismos sois: recibís el misterio que sois vosotros. A eso que sois, respondéis «Amén», y al responder (así) lo rubricáis. Escuchas, pues: «Cuerpo de Cristo», y respondes: «Amén». Sé miembro del cuerpo de Cristo, para que tu «Amén» responda a la verdad.

¿Por qué precisamente acontece todo eso en el pan? No aportemos razonamientos personales al respecto; escuchemos, una vez más, al Apóstol mismo, quien, a propósito de este sacramento, dice: *Un único pan: siendo muchos, somos un único cuerpo*<sup>3</sup>. Comprended y disfrutad: unidad,

verdad, piedad, caridad. *Un único pan*: ¿Quién es este único pan? *Siendo muchos somos un único cuerpo*. Traed a la memoria que el pan no se hace de un solo grano, sino de muchos. Cuando se os aplicaban los exorcismos, erais como molidos; cuando fuisteis sumergidos en el agua, como amasados; cuando recibisteis el fuego del Espíritu Santo, como cocidos. Sed lo que veis y recibid lo que sois. Eso es lo que dijo el Apóstol a propósito del pan.

Lo que hemos de entender respecto del cáliz, aun sin decirlo expresamente, lo mostró con suficiencia. Para que pudiera existir esto que vemos con la forma de pan, se han conglutinado muchos granos en una única masa, como si sucediera aquello mismo que dice la Sagrada Escritura a propósito de que los fieles *tenían una sola alma y un solo corazón hacia Dios*<sup>4</sup>. Lo mismo ha de decirse del vino. Recordad, hermanos, cómo se elabora. Son muchas las uvas que penden de un racimo, pero el zumo de todas ellas, mezclado, es único. De igual modo nos simbolizó también a nosotros Cristo, el Señor; quiso que nosotros perteneciéramos a él; en su mesa consagró el misterio de la paz y de unidad de nosotros con él. El que recibe el misterio de la unidad y no posee el vínculo de paz, no recibe el misterio para provecho propio, sino un testimonio contra él. Vueltos al Señor, Dios Padre todopoderoso, démosle, con sincero corazón y en cuanto lo permita nuestra pequeñez, las más sinceras gracias, suplicando con toda el alma su particular mansedumbre para que se digne escuchar en su bondad nuestras súplicas, alejar con su poder al enemigo de nuestras acciones y pensamientos, aumentar nuestra fe, dirigir nuestra mente, otorgarnos pensamientos espirituales y conducirnos a su bienaventuranza por Jesucristo, su Hijo. Amén.

La cabeza y su cuerpo no pueden separarse en la celebración eucarística. «Por eso san Agustín se niega a ver la presencia real de Cristo separada de la participación en ella de la Iglesia. Lo mismo que Cristo los miembros de la Iglesia están presentes en el pan y el vino consagrados.» Lo importante es la unión de los cristianos con Cristo y entre ellos. La finalidad de la Eucaristía es vivir y estar en Cristo, ser su cuerpo. Todo esto tiene como principio y fundamento la presencia real de Cristo en los signos sacramentales. En ellos podemos conocerlos y reconocerlo.

«La Eucaristía es vista como un acontecimiento salvífico en el cual se participa para estar en contacto con la misma autodonación de Cristo que vivifica la Iglesia y la envía al mundo a la misión, dándole un anticipo de la comunidad y de la caridad sin fin que ya comienza a vivir en este mundo. San Agustín interpretó que la comunión eucarística no es un alimento que se convierte en nosotros sino al revés. Es alimento que nos transforma en el cuerpo de Cristo. En consecuencia: “El sentido primario de la comunión no es el encuentro del individuo con su Dios –para lo cual habría también otras vías–, sino que su sentido es, justamente, la fusión de los individuos entre sí a través de Cristo. La comunión es, según su esencia, *el sacramento de la fraternidad cristiana*”. De ahí que comulgar nos exige vivir la fraternidad y la caridad». Todo esto tiene su fundamento en un texto paulino:

Así pues, queridos, huid de la idolatría. Os hablo como a personas sensatas; juzgad vosotros lo que digo. El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo?<sup>[1]</sup> Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan. Considerad al Israel según la carne: ¿los que comen de las víctimas no se unen al altar? ¿Qué quiero decir? ¿Que las víctimas sacrificadas a los ídolos son algo o que los ídolos son algo? No, sino que los gentiles ofrecen sus sacrificios a los demonios, no a Dios; y no quiero que os unáis a los demonios. No podéis beber del cáliz del Señor y del cáliz de los demonios. No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios. ¿O vamos a provocar los celos del Señor? ¿Acaso somos más fuertes que él? (1Cor 10, 14-22)

14. Pero ahora se ha de prestar atención a otro aspecto: la « mística » del Sacramento tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: « El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan », dice san Pablo (*I Co* 10, 17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos « un cuerpo », aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el *agapé* se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el *agapé* de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros. Sólo a partir de este fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor. El paso desde la Ley y los Profetas al doble mandamiento del amor de Dios y del prójimo, el hacer derivar de este precepto toda la existencia de fe, no es simplemente moral, que podría darse autónomamente, paralelamente a la fe en Cristo y a su actualización en el Sacramento: fe, culto y *ethos* se compenetran recíprocamente como una sola realidad, que se configura en el encuentro con el *agapé* de Dios. Así, la contraposición usual entre culto y ética simplemente desaparece. En el « culto » mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma. Viceversa —como hemos de considerar más detalladamente aún—, el « mandamiento » del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser « mandado » porque antes es dado. (DCE 14)